

Plaza pública

para la edición del 23 de febrero de 1995

Maximino

Miguel Ángel Granados Chapa

Hace medio siglo, el 17 de febrero de 1945, murió el general Maximino Avila Camacho. Si bien ha merecido ya los honores de la literatura, falta aún una biografía que resulte justa con la dimensión de este personaje cuya arbitrariedad y violencia, así como sus nexos con el capitalismo poblano vigente todavía hoy, lo hacen un prototipo de lo ocurrido cuando la Revolución se bajó del caballo.

Maximino, como se le llamaba comúnmente, sin duda para identificarlo respecto de su hermano Manuel, especialmente cuando éste fue Presidente de la República, no había tenido hasta los años treinta una vida muy diferente de la de otros jefes revolucionarios. Había pasado de la extrema pobreza de su familia en Teziutlán hasta ser uno de los primeros generales que encontró el camino hacia la empresa privada. Sin embargo, como gobernador de Puebla, a partir de 1937, su alianza con el señor William Jenkins (y con Manuel Espinosa Yglesias y Gabriel Alarcón, los personeros de este magnate,), no sólo consolidó un cacicazgo sino también una vastísima fortuna. Personaje legendario, es imposible documentar cada una de las terribles hazañas que se le atribuyen. Pero un retrato semejante al que pintó la voz popular puede ser encontrado, bajo la

especie del general Andrés Ascensio, en Arrancame la vida, de Angeles Mastretta. Allí, por ejemplo, se cuenta el triste suceso acontecido a un coterráneo del general que, cuando éste visitó su lugar natal, en campaña para ser gobernador de Puebla, dijo que él no iría a la recepción popular correspondiente, con la siguiente explicación: "Qué general ni qué general. Ese será siempre un hijo de arriero. Yo no le rindo a los pelados". En una comida al día siguiente, el general lamentó que ese hombre estuviera ausente: "Al salir, nos dijeron que un borracho lo había matado en la mañana".

Logradas sus metas con no escaso derramamiento de sangre, eso no obstó para que impusiera a su hermano, al que desedeñaba aun en público, su inclusión en el gabinete. Y hasta se propuso reemplazarlo una vez que fue nombrado secretario de Comunicaciones y Obras Públicas. Esa ambición suya lo convirtió, dice gráficamente Luis Medina, en un "dolor de cabeza" para el Presidente Avila Camacho. El historiador y politólogo precisa que Maximino era un precandidato "decidido y activo", que "se dedicó a allegarse fondos y a buscar el control de periódicos y revistas desde fechas muy tempranas". Medina informa que "Maximino se asoció con Regino Hernández Llergo subsidiándole su revista Hoy". Por mi parte, agrego que también encargó a su paisano, el coronel José García Valseca, la constitución de una cadena periodística, cuyos primeros eslabones se fundaron entonces y que, agrandada y tras muchas vicisitudes, es hoy la Organización Editorial Mexicana, que publica los Soles en casi toda la república.

"Para tales trabajos futuristas --sigue Medina-- Maximino tropezaba sin embargo con serias limitaciones; una, pública, era su fama de deshonesto político enriquecido; otra, difícilmente simulada, era la oposición de su hermano, para quien indudablemente no se escondía lo descabellado de la empresa política de aquél". Aliado de don Manuel en esta oposición al proyecto de Maximino era el secretario de Gobernación Miguel Alemán. Este confió a Medina, el 14 de febrero de 1975, que su antagonismo con Maximino había sido tal, que Alemán presentó por ese motivo dos veces su renuncia al Presidente Avila Camacho.

Cuando Maximino se hizo cargo de lo absurdo de sus pretensiones, decidió impedir que Alemán ganara la candidatura oficial, y para eso impulsó la de don Javier Rojo Gómez. Al parecer, se proponía lanzarlo en su estado natal, aprovechando que en Atlixco se le ofrecería un banquete el 17 de febrero de 1945. Ese día, sin embargo, Maximino amaneció fatigado en extremo, y los médicos le recomendaron reposo, no obstante lo cual se lanzó a la carretera. Un testigo presencial de los hechos, el periodista poblano Manuel Sánchez Pontón, lo vio mal desde su llegada a Atlixco: En coche descubierto, Maximino iba al centro del asiento trasero, de pie, saludando a la población. A su lado, el secretario general del gobierno, Bernardo Chávez, "va también de pie y, ante la extrañeza de la multitud que ignora cuál es el estado de salud del general, sostiene a éste con evidente esfuerzo, para evitar que pierda el equilibrio".

Al llegar al palacio municipal, además de Chávez y el gobernador Betancourt, lo sostiene también "su médico de cabecera, José Larumbe, que se muestra preocupado". Pálido, al punto de parecer "un cadáver que anda", el general saluda desde el balcón a la multitud. Se dicen dos, tres discursos, y al final, el locutor anuncia que el secretario de Comunicaciones dirigirá "un importante mensaje a la nación".

Maximino advierte al país, desde Atlixco, que "la revolución está en peligro de caer en manos de políticos improvisados, demagogos y oportunistas". Ante ese riesgo, si "los hombres del poder" (es decir, su propio hermano) pretenden "entregar el mando a un reaccionario, entonces (él, Maximino) se verá obligado a actuar para garantizar la permanencia de la revolución en el poder". Encolerizado, parece a punto de reventar por la presión en alza, pero todavía concluye su mensaje y luego va a una fábrica textil a inaugurar instalaciones. Allí se derrumba. Por su propia exigencia, y contra la prescripción médica, es conducido a su casa en Puebla. Una vez allí, "en el mismo momento en que se le quita una de las botas, del pecho del prohombre sale un estertor de muerte. En seguida cae hacia atrás y queda acostado a lo ancho de la cama"

Un año después, la revista Time recordaría que Alemán, ya candidato presidencial, prospera políticamente "ayudado por la muerte", ya que, según el resumen de Medina, "había sido diputado propietario al morir el titular, luego gobernador de Veracruz al ser asesinado el gobernador electo, y finalmente se le había

despejado el camino a la Presidencia, gracias al oportuno fallecimiento de Maximino Avila Camacho".

PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Maximino

La arbitrariedad y violencia de Maximino Avila Camacho, así como sus nexos con el capitalismo poblano vigente todavía hoy, hacen de él un prototipo de lo ocurrido cuando la Revolución se bajó del caballo.

Hace medio siglo, el 17 de febrero de 1945, murió el general Maximino Avila Camacho. Si bien ha merecido ya los honores de la literatura, falta aún una biografía que resulte justa con la dimensión de este personaje cuya arbitrariedad y violencia, así como sus nexos con el capitalismo poblano vigente todavía hoy, lo hacen un prototipo de lo ocurrido cuando la Revolución se bajó del caballo.

Maximino, como se le llamaba comúnmente, sin duda para identificarlo respecto de su hermano Manuel, especialmente cuando éste fue presidente de la República, no había tenido hasta los años treinta una vida muy diferente de la de otros jefes revolucionarios.

Había pasado de la extrema pobreza de su familia en Teziutlán hasta ser uno de los primeros generales que encontró el camino hacia la empresa privada. Sin embargo, como gobernador de Puebla, a partir de 1937, su alianza con el señor William Jenkins (y con Manuel Espinosa Yglesias y Gabriel Alarcón, los personeros de este magnate), no sólo consolidó un cacicazgo sino también una vastísima fortuna. Personaje legendario, es imposible documentar cada una de las terribles hazañas que se le atribuyen. Pero un retrato semejante al que pintó la voz popular puede ser encontrado, bajo la espesura del general Andrés Ascensio, en *Arráncame la vida*, de Angeles Mastretta. Allí, por ejemplo, se cuenta el triste suceso acontecido a un coterráneo del general que, cuando éste visitó su lugar natal, en campaña para ser gobernador de Puebla, dijo que él no iría a la recepción popular correspondiente, con la siguiente explicación: "Qué general ni qué general. Ese será siempre un hijo de arriero. Yo no le rindo a los pelados".

En una comida al día siguiente, el general lamentó que ese hombre estuviera ausente: "Al salir, nos dijeron que un borracho lo había matado en la mañana".

Logradas sus metas con no escaso derramamiento de sangre, eso no obstó para que impusiera a su hermano, al que desdoblaba aún en público, su inclusión en el gabinete. Y hasta se propuso reemplazarlo una vez que

fue nombrado secretario de Comunicaciones y Obras Públicas. Esa ambición suya lo convirtió, dice gráficamente Luis Medina, en un "dolor de cabeza" para el presidente Avila Camacho. El historiador y politólogo precisa que Maximino era un precandidato "decidido y activo", que "se dedicó a allegarse fondos y a buscar el control de periódicos y revistas desde fechas muy tempranas". Medina informa que "Maximino se asoció con Regino Hernández Llergo subsidiándole su revista *Hoy*". Por mi parte, agrego que también encargó a su paisano, el coronel José García Valseca, la constitución de una cadena periodística, cuyos primeros eslabones se fundaron entonces y que, agrandada y tras muchas vicisitudes, es hoy la Organización Editorial Mexicana, que publica los Soles en casi toda la República. "Para tales trabajos futuristas -sigue Medina- Maximino tropezaba sin embargo con serias limitaciones; una, pública, era su fama de deshonesto político enriquecido; otra, difícilmente simulada, era la oposición de su hermano, para quien indudablemente no se escondía lo descabellado de la empresa política de aquél". Aliado de don Manuel en esta oposición al proyecto de Maximino era el secretario de Gobernación Miguel Alemán. Este confió a Medina, el 14 de febrero de 1975, que su antagonismo con Maximino había sido tal, que Alemán presentó por ese motivo dos veces su renuncia al presidente Avila Camacho.



Maximino, como se le llamaba comúnmente, no había tenido hasta los años treinta una vida muy diferente de la de otros jefes revolucionarios

Cuando Maximino se hizo cargo de lo absurdo de sus pretensiones, decidió impedir que Alemán ganara la candidatura oficial, y para eso impulsó la de don Javier Rojo Gómez. Al parecer, se proponía lanzarlo en su estado natal, aprovechando que en Atlixco se le ofrecería un banquete el 17 de febrero de 1945. Ese día, sin embargo, Maximino amaneció fatigado en extremo, y los médicos le recomendaron reposo, no obstante lo cual se lanzó a la carretera. Un testigo de los hechos, el periodista poblano Manuel Sánchez Pontón, lo vio mal desde su llegada a Atlixco: En coche descubierto, Maximino iba al centro del asiento trasero, de pie, saludando a la población. A su lado, el secretario general del gobierno, Bernardo Chávez, "va también de pie y, ante la extrañeza de la multitud que ignora cuál es el estado de salud del general, sostiene a éste con evidente esfuerzo, para evitar que pierda el equilibrio".

Al llegar al palacio municipal, además de Chávez y el gobernador Betancourt, lo sostiene también "su médico de cabecera, José Larumbe, que se muestra preocupado". Pávido, al punto de parecer "un cadáver que anda", el general saluda desde el balcón a la multitud. Se dicen dos, tres discursos, y al final, el locutor anuncia que el secretario de Comunicaciones dirigirá "un importante mensaje a la nación".

Maximino advierte al país, desde Atlixco, que "la revolución está en peligro de caer en manos de políticos improvisados, demagogos y oportunistas". Ante ese riesgo, si "los hombres del poder" (es decir, su propio hermano) pretenden "entregar el mando a un reaccionario, entonces (él, Maximino) se verá obligado a actuar para garantizar la permanencia de la revolución en el poder". Encolerizado, parece a punto de reventar por la presión en alza, pero todavía concluye su mensaje y luego va a una fábrica textil a inaugurar instalaciones.

Allí se derrumba. Por su propia exigencia, y contra la prescripción médica, es conducido a su casa en Puebla. Una vez allí, "en el mismo momento en que se le quita una de las botas, del pecho del prohombre sale un estertor de muerte. En seguida cae hacia atrás y queda acostado a lo ancho de la cama".

Un año después, la revista *Time* recordaría que Alemán, ya candidato presidencial, prospera políticamente "ayudado por la muerte", ya que, según el resumen de Medina, "había sido diputado propietario al morir el titular, luego gobernador de Veracruz al ser asesinado el gobernador electo, y finalmente se le había despejado el camino a la Presidencia, gracias al oportuno fallecimiento de Maximino Avila Camacho".